

IX.

Las fuerzas republicanas se sitúan frente á Querétaro.—Organización de los Ejércitos.—Anunte estadístico de Querétaro.—Los imperiales se concentran á sus posiciones fortificadas.—El Coronel Doria con la artillería, verifica un cambio de posición cubriendo el camino de México.—Primera salida de los imperiales por la garita de S. Miguel.—2ª salida sobre las lomas de S. Miguel — El enemigo ataca un convoy y protege la evasión de Márquez.—El 24 de Marzo por la noche, los sitiados atacan las líneas de S. Gregorio y de la Arquera.—5ª salida del enemigo, el 1º de Abril, sobre el barrio de S. Sebastian y las lomas de San Gregorio, de donde desalojan al General Antillon.—El día 5 del mismo mes, se repite el ataque por las horadaciones de S. Sebastian.—Los imperiales hacen su 7ª salida, atacando la línea que mandaba el General Riva Palacio.—8ª salida sobre la línea del General Rocha.—Combate del día 27, en que los republicanos pierden tres y media baterías.—Carga de Doria que restablece el combate y rechaza al enemigo.—Ultimas salidas de los sitiados en los días 1º, 3 y 5 de Mayo.—Acontecimientos dentro de la plaza.

Colocadas las fuerzas republicanas del Cuerpo de Ejército del Norte, frente á Querétaro, en la línea de Occidente y Sur de la ciudad, quedaron organizadas y distribuidas en dos cuerpos de ejército, uno denominado del Norte y otro de Occidente, en que fué incorporado el del Centro; además, se formó una sección denominada "Sección del Cuartel General:" se nombró Cuartel Maestre, al General Jesus Diaz de Leon, y Comandante general de artillería al de la misma clase, Francisco Paz.

El mando del Cuerpo de Ejército del Norte, se encomendó al General Gerónimo Treviño, que lo tenía compuesto de dos divisiones de infantería, á las órdenes de los Generales Sóstenes Rocha y Francisco Arce; y de una de caballería, cuyo mando recibió el General Francisco Aguirre.

El Cuerpo de Ejército de Occidente continuó mandado por el General Ramon Corona, y lo formaban la Division de Jalisco, cuyo Gefe era el General Manuel Márquez, otra de Sinaloa, bajo las órdenes del General Felix Vega; la de Michoacan, con su Gefe el General Nicolás Régules, y la 3ª Division de infantería del Cuerpo de Ejército del Norte, mandada por el General Silvestre Aranda.

La Ciudad de Querétaro está situada á los 20° -25'27' lat.-N. á 1° 29'-44' long. O., y á cincuenta y ocho leguas mexicanas al NN. E. de México, en un punto en que los últimos ramales de la Sierra-Madre, formando una de tantas cañadas, vienen á declinar á la mesa central, de manera que la Ciudad, formando un cuadrilongo de cerca de tres mil varas castellanas, comienza por la parte N. N. E., en una loma, cubierta de un lado por pequeñas colinas que forman la cañada del Norte; y por el otro lado, con la falda del cerro Cimatario y las demas pequeñas montañas que ascienden á la serranía, y termina hácia el Sur en la gran meseta, donde se estienden sus fertilísimos valles, precisamente en el camino que conduce de México á Celaya para el interior del pais.

Sobre el mismo camino hácia el Poniente, y á menos de

mil metros de donde termina la poblacion, se levanta un pequeño promontorio llamado Cerro de las Campanas, cuya cima se hallará á veintidos metros sobre la parte mas baja de la Ciudad, altura suficiente para dominarla y dominar las colinas y llanuras por todos sus vientos.

Querétaro, como todas las principales ciudades de la República, cuenta muchos y muy sólidos edificios, principalmente en sus iglesias y conventos, siendo los mas notables el de la Cruz, el de San Francisco, el Cármen, el de Sta. Clara, el de San Felipe, el de San Agustin y el de Sta. Rosa, antiguas y costosas construcciones del clero, que antes que casas de comunidad, parecian destinadas á servir de fortalezas, como en efecto han servido. La poblacion contará de treinta y cinco á treinta y seis mil habitantes; se halla bien provista de agua del rio que la atraviesa por el Poniente, de innumerables pozos que riegan sus hermosas huertas, y del célebre acueducto que es una de sus obras mas notables. En los suburbios, y aun en el centro de la Ciudad, hay variedad infinita de árboles frutales y plantíos de hortaliza, que hacen baratos y abundantes los comestibles; y en cuanto á costumbres, generalmente los habitantes son pacíficos y de carácter dulce, no obstante que en política las reformas liberales no hayan sido acogidas con entusiasmo, á causa del influjo del clero, numerosísimo en otra época, para Ciudad tan pequeña, en la que habia arraigado costumbres tales, que, en concepto de los viajeros, parecia un gran monasterio, y aun se la tildaba con el nombre de "Ciudad levítica."

Sin embargo, en la época presente la mayor parte de las personas ilustradas y de letras, son liberales progresistas,

y durante la época de la intervencion francesa y del imperio, contaron la fortuna de que ni uno solo de esos buenos liberales prevaricase.

Dada una mediana idea de la situacion de la Ciudad y de algunos de sus elementos materiales, tenemos que volver á las operaciones del sitio. Los imperiales que el dia 8 de Marzo habian presentádose en batalla, apoyando su ala derecha en la loma llamada Cerro de San Gregorio, su centro en el de la Campana, y su izquierda en el de la Garita de Celaya, en forma de una A mayúscula, se concentró á sus posiciones sobre los mismos cerros y trincheras practicadas á orillas de la Ciudad, contando para resistir con un efectivo de diez mil hombres de las tres armas, y no de doce mil como habian hecho valer, aunque es probable que ya en Querétaro aumentase el número, por razon del reclutamiento forzado que allí se hizo, pero que quizá no les dió el resultado que esperaban.

Reducidos á la defensiva que era lo que se queria, el General en Gefe dispuso como era natural, que se cubriesen los principales caminos por donde el enemigo tentaria evadirse, sin poder por entonces cubrir perfectamente la area de sitio, para la que no bastaban las fuerzas de que disponia. Esto no obstante, y pareciendo de todo punto necesario cubrir la mayor parte de la línea y voltear la posicion fuerte del enemigo, el dia 9 se previno al General Corona que reconociese la parte Sur de la Ciudad, por los caminos del Pueblito, Santa María Amealco y falda del Cimatario, y para que en la mañana del 10, las Divisiones y Brigadas de caballería formasen en el llano de San Juanico, con objeto de pasar una gran revista en presencia del enemigo.

Al mismo tiempo, para voltear la posicion se dieron las órdenes convenientes al Comandante General de artillería, prescribiéndole que á las doce de la noche, y con el mayor sigilo, dispusiese la marcha de dos baterías de batir por el camino de Chichimequillas á la Cuesta de China, previamente mandando á los Generales Carbajal y Aureliano Rivera, que con sus fuerzas cerrasen toda comunicacion en los caminos de Chichimequillas y San Juan del Rio.

Era muy arriesgado el movimiento de la artillería, si lo notaba el enemigo, que se engañó á sí mismo, suponiendo que los republicanos hacian un movimiento de retirada, pero para todo evento, Escobedo quiso escojer la tropa de mas confianza, y fué al Coronel Juan C. Doria, á quien se encomendó la conduccion del tren, llevando por escolta su cuerpo de Cazadores de Galeana, al 2º de Guanajuato y al 3º de San Luis. Para proteger ese movimiento, y concluir el de cambio de posicion, se dispuso igualmente que una columna bajo las órdenes del General Rocha, compuesta del Batallon Supremos Poderes y la 1ª Brigada de la 1ª Division de infantería, emprendiese una marcha de flanco, por la línea mas corta, hasta reunirse con Doria en la cuesta de China, que es el gran camino que sale de Querétaro á México.

La operacion se practicó felizmente, y á buena hora quedaron reunidos, amagando el frente oriental de la Ciudad, la artillería, la columna de Rocha, las fuerzas de los Generales Aureliano Rivera y Carbajal, y un dia despues la Division del General Corona, en Gefe de aquella línea, y fuerte con cinco mil hombres y catorce piezas mas de montaña.

Con las caballerías restantes del ejército, en número de

tres mil ginetes, al mando del Ciudadano General Guadarrama, y tres mil quinientos infantes del Cuerpo del ejército del Norte, bajo las órdenes del General Treviño, con siete piezas de batalla y catorce de montaña, se cubrieron las avenidas de Celaya y de San Miguel de Allende, quedando las fuerzas de ambas líneas dispuestas de manera que pudiesen resistir al enemigo si emprendía un ataque, y apoyarse mutuamente, contando además con la seccion del cuartel general que estaría en observacion de todo, y ocurriria á donde la presencia del General en Jefe se hiciese necesaria.

El dia 12, el enemigo, quizá con objeto de reconocer las posiciones que ocupaban las tropas republicanas del Poniente de la Ciudad, destacó una fuerte columna de las tres armas sobre la loma de San Pablo, que se halla paralela á la de San Gregorio, y se abate en el camino de San Miguel, á inmediaciones de la Garita de este nombre: allí se empeñó un nutrido tiroteo, sin éxito por parte de los imperiales, á quienes rechazó vigorosamente la Brigada del General Victoriano Zepeda, auxiliado por la 2ª Brigada de caballería que mandaba el Coronel Martinez. El enemigo sufrió en esa salida considerables pérdidas, y hubo de replegarse á sus trincheras en gran desorden.

Simultáneamente habian salido los imperiales por el camino de Celaya y por el de la Cañada; pero en el primer punto, los rechazó felizmente el General Guadarrama, y en el segundo, el General Aureliano Rivera que tomó algunos prisioneros. Entonces el enemigo debió sorprenderse y persuadirse á buena costa, de que se hallaban cerradas sus principales avenidas, y que en caso de aban-

donar la plaza, ya no le quedaba amplio camino para conducir sus numerosos trenes, pues lo mas que podria aprovechar, con grave riesgo, era la via estrecha que conduce á Amealcó por el S. E. de la Ciudad.

El dia 13, el General Corona practicó á su vez un reconocimiento de la línea enemiga, cuya operacion se encomendó á una seccion de Cazadores de Galeana que mandaba el coronel Doria. La operacion se hizo con tal destreza y acierto, que los Cazadores no tuvieron mas desgracia, que un soldado muerto y un oficial herido; pero se hacía necesario un reconocimiento general, y se dió la orden respectiva para que en toda la línea que ocupaban los dos cuerpos de ejército, y la Seccion del Cuartel General, las tropas se formasen en columnas como preparadas para un ataque general. Corona debia desprender unas fuerzas ligeras, para reconocer de cerca la fuerte posicion del convento de la Cruz, la de la Garita de México y la Alameda, donde los imperiales, aprovechando las paredes que la circundan, habian formado una especie de cuadrilátero, bien reforzado y defendido por fortines pasajeros.

Al General Guadarrama que mandaba la 2ª Division de caballería, se le previno que llamase fuertemente la atencion del enemigo, por el Sur de la Ciudad, entre los caminos del Pueblito y Celaya, dejando siempre una de sus columnas á la vista del Cerro de las Campanas, en la hacienda de San Juanico; y al General Treviño se le ordenó que tuviese listas todas sus tropas para el caso de que del reconocimiento resultara la conveniencia ó la necesidad de empeñar un combate en forma.

Estrictamente cumplidas las órdenes del General Esco-

bedo, al amanecer del día 14 todo el ejército estaba listo para la práctica de aquel estenso reconocimiento. La artillería se había distribuido de la manera siguiente:

En la línea que mandaba el mismo General Treviño, una batería de seis obuses de montaña al mando del capitán Albino Velasco: en la vertiente Sur del cerro de San Pablo y sobre su cúspide, un cañon de á 12 de batalla: en la ala izquierda de la línea, dos cañones rayados de calibre de á 6, uno de á 8 liso, un obus de á 24 y tres de á 12, dirigidos por el capitán Benito Puente: una seccion de cañones de á 8 mandada por el capitán Ignacio Bravo, se destinó á obrar en apoyo de la caballería que estaba á las órdenes del General Naranjo: otra seccion de obuses de á 12, al mando del capitán Zenon Carreon, se destinó á proteger la columna á cuya cabeza estaba el General Alatorre: y una última seccion de cañones del mismo calibre, para que obrase con la columna que mandaba el General Aranda.

La demas artillería con que estaban dotadas las fuerzas pertenecientes á los cuerpos de ejército de Occidente, y primera División del de el Norte, toda encomendada al Teniente coronel Gilberto Torres, se había colocado y distribuido convenientemente en los campamentos establecidos sobre las alturas inmediatas á los caminos de México y la Cañada.

Dióse la orden de ataque para el reconocimiento general, y simultáneamente se rompió el fuego por toda la línea que avanzó á sus respectivos tiradores, seguidos de las columnas que deberían proteger su paso ó su retirada.

Al iniciarse el ataque por la línea del Norte de la Ciudad, la artillería comenzó á dirigir sus fuegos sobre la lo-

ma de San Gregorio que ocupaba el enemigo, sin poder multiplicarlos, porque las columnas de infantería precedidas de sus tiradores, se lanzaron intrépida y momentáneamente sobre la posicion enemiga en que el combate se empeñó encarnizadamente, hasta que el General Antillon que mandaba una de las columnas, y que fué de los primeros en ocupar la posicion, se mantuvo en ella, resistiendo admirablemente con solo doscientos tiradores á numerosas fuerzas, y dió lugar á que nuevos auxilios le asegurasen definitivamente la posesion del cerro.

El enemigo tuvo que huir en desorden, que aumentó el entusiasmo de nuestras tropas, cuyas columnas con sus respectivas baterías, avanzaron á establecerse en los mismos suburbios de la Ciudad. Hubo un oficial artillero, Prisciliano Sandoval, que llevando su intrepidez al arrojo imprudente, penetró mas al interior de las calles, con un cañon rayado; pero en ellas, fué envuelto por el enemigo, sin que le valieran sus esfuerzos para retirarse; cayó herido, y dos artilleros lograron salvarle, perdiéndose el cañon con un sargento, un cabo, cuatro artilleros y dos trenistas que quedaron prisioneros.

Por el rumbo de la Cruz, el capitán 1º de artillería Ramon Reguera, había jugado felizmente sus cañones; y de la misma manera que por el Norte y Poniente de la Ciudad, donde se halla situado el barrio de San Sebastian, las columnas puestas al mando del General Rocha, penetraron hasta el barrio de San Francisquito, y se pusieron á medio tiro de fusil del enemigo.

Entre las primeras víctimas del combate, los republicanos contaron al Coronel Francisco Nieto, activo y patriota

ciudadano, muy estimado por su mérito en el Estado de Chihuahua, y que habia prescindido de comisiones pacíficas, aunque importantes, por el deseo de combatir contra los enemigos de la patria.

El ardimiento de nuestros soldados, los llevó tan adelante en este reconocimiento, que no pudieron menos de experimentar sensibles pérdidas. Verdad es que conquistaron el importante Cerro de San Gregorio que dominaba la Ciudad, y les facilitó el paso para ocupar los suburbios y llegar á establecer su línea ofensiva en muchos puntos á diez metros del enemigo; pero esto mismo debió ocasionar considerables bajas. El combate habia durado ocho horas en que se consumieron ochocientos sesenta y un proyectiles de artillería, y cincuenta y nueve mil trescientos ocho de fusil y de rifle, por las fuerzas sitiadoras, y en que quedaron fuera de combate, dos Gefes, once oficiales y doscientos cincuenta y un individuos de tropa, muertos; seis Gefes, diez y nueve oficiales y doscientos cincuenta y tres soldados heridos, con mas, cuatrocientos diez y seis entre prisioneros y dispersos; de manera, que la pérdida fué de cerca de mil hombres.

Los daños causados al enemigo fueron incalculables, y solo pueden determinarse por el estado de reduccion en que se hallaban al ocuparse la plaza.

Los imperiales, aleccionados en la antigua escuela de fanfarronería militar, en que la mentira formaba parte de la estrategia, y no obstante la presencia de los republicanos en la cuarta parte de la ciudad, quisieron ver en la jornada de este dia un triunfo que estuvieron lejos de alcanzar, pero así lo proclamaron, porque, en efecto, el reco-

nocimiento habia presentado todos los caractéres de un asalto que no estuvo en la mente del General en Gefé; y sí descubrir, como descubrió, cuáles eran las últimas posiciones mas fuertes de la plaza para estrechar su sitio, avanzando todo lo posible sin esponerse á un desastre.

El objeto se habia cumplido, y pudo ya entonces determinarse el establecimiento de hospitales militares en la hacienda de Alvarado y en la fábrica de «Hércules,» á una legua de la ciudad ambos, quedando el primero al Poniente y el segundo al Norte de ella.

No habria sido en el dia siguiente difícil dar un asalto general con éxito completo; pero sobre no estar esto en los planes del General Escobedo, y ni aun en las intenciones del Gobierno, apareció por de pronto una grave dificultad, que era la falta de parque y municiones necesarias para sostener otro largo combate. Esta dificultad se hizo sentir hasta el fin del sitio, porque no obstante la extrema actividad y asídúo trabajo del Coronel Balbontin, que con esfuerzos inapreciables dirigia la maestranza en San Luis Potosí, acudiendo alguna vez personalmente al campo de Querétaro para espeditar sus trabajos; los continuos tiroteos de nuestras tropas, pródigas en gastar pólvora, y los refuerzos considerables de hombres que acudian al sitio desprovistos de parque, mantenian su escasez al grado de hacerse muchas veces peligrosa.

Por otra parte, aunque Escobedo estaba ya tan cerca del enemigo, que podia observar sus principales movimientos, la fuerza no era bastante para circunvalar la plaza de un modo perfecto, y por esta razon hubo de limitarse á cubrir

fuertemente los caminos del interior y de México, para tener compacto su ejército y caer con todo él sobre Maximiliano en el evento de que abandonase la plaza. Esto no era remoto, y fué necesario, para no dejar al enemigo salida posible, prevenir al General Riva Palacio, al General Juan Mendez, á Régules y al Coronel Joaquín Martínez, cuyas fuerzas vivaqueaban por el Estado de Michoacan y de los Distritos del Valle de México, que forzando sus marchas acudiesen á Querétaro.

Entre tanto, y para llevar á efecto las operaciones del sitio, se procuró fortificar el campamento, y comenzó á trabajarse en la obra de zapa, á la que contribuyó grandemente el General Leon Guzman enviando instrumentos, peones y considerable cantidad de víveres y dinero para cubrir algo el prest de las fuerzas del Estado. Los servicios de Guzman en esta ocasion fueron dignos de mencionarse, y de ser estimados en la importancia que tenian.

Por su parte los imperiales perfeccionaban sus obras de fortificacion, y discurrían diversos planes, ya para impedir que los republicanos avanzasen sus aproches, ya para salir de la plaza dando un ataque rudo con todas sus fuerzas, cosa que no pudieron practicar, pues aunque muchas veces lo resolvieron, otras tantas abandonaron el proyecto, quizá por la conciencia que tenian de su derrota. Así pasaron cuatro dias hasta el 19, en que se tuvo noticia de que el general imperialista Olvera, con alguna gente que habia organizado en la Sierra, pretendia hostilizar la retaguardia de los sitiadores. Con tal motivo, por disposicion del cuartel general, se destacó el General Aureliano Rivera en persecucion de ese enemigo, que amenazaba despren-

derse por entre el camino de San José Iturbide y de San Juan del Rio.

Ya el dia 20 comenzaron á presentarse en el campamento algunos desertores de las tropas sitiadas; y el Gobernador de Guanajuato, en su constante celo, enviaba al campo una seccion médica de cuatro profesores y cuatro practicantes que atendiesen á los hospitales.

El Gobierno de San Luis remitía parque de artillería y fusilería, y los generales Riva Palacio, Mendez y Martínez, participaban hallarse, el primero en San Juan del Rio, y los segundos en el pueblo de San Francisco, de modo que, forzando sus marchas segun se les previno, solo dilatarian horas en incorporarse al Cuartel general. En esos mismos momentos se ordenaba todo lo necesario para establecer una línea telegráfica, que comunicase á Querétaro con San Luis.

La presencia de las fuerzas de Riva Palacio, y de las de Mendez y Martínez, debieron hacer entender á los sitiados, que llegaba el momento supremo en que les sería imposible la evasion, y el acopio de víveres para defenderse por largo tiempo.

Habian llegado al campamento mas de treinta carros con víveres, que pusieron al enemigo la tentacion de apoderarse de ellos, y de aprovechar cualquier circunstancia favorable en el ataque, para que el traidor Márquez con una columna fuerte de mil trescientos caballos, traspasase la línea por el lado que no estaba cubierta, y estraviando su camino pudiese llegar á la Ciudad de México y sacar de ella nuevos refuerzos con que auxiliar por la parte de afuera á Maximiliano.